

LITURGIA DE LOS DONES PRESANTIFICADOS

Introducción

La Divina Liturgia de los Dones Presantificados está prescrita para todos los miércoles y viernes de la Gran Cuaresma; el jueves de la quinta semana de Cuaresma y para el lunes, martes y miércoles de la Semana Santa.

También se puede celebrar para la conmemoración del mártir entre los sacerdotes Caralambo (10 de febrero), el primer y segundo hallazgo de la honorable cabeza del Precursor (24 de febrero), los Cuarenta Mártires de Sebaste (9 de marzo) y la fiesta del santo patrono del templo o del monasterio, siempre y cuando estas conmemoraciones caigan entre semana (de lunes a viernes) durante la segunda, tercera, cuarta, quinta o sexta semana de la Gran Cuaresma.

Cabe mencionar que la Divina Liturgia de los Dones Presantificados cierra el día de la conmemoración, no lo abre; y nunca será celebrada el día de la Anunciación (25 de marzo). Cuando esta gran fiesta cae en cualquier día de entre semana de la Gran Cuaresma, la Divina Liturgia de san Juan Crisóstomo deberá celebrarse.

Preparación del Cordero

En la Liturgia dominical precedente, el sacerdote, durante la preparación de la ofrenda corta, eleva e inmola el cordero como de costumbre para la Liturgia del día. Después de: «Es inmolido el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, por la vida y la salvación del mundo», toma otro pan y prepara otro cordero diciendo y haciendo lo mismo que con el primero.

Repetirá este procedimiento tantos corderos haya que preparar según las Liturgias de Presantificados vayan a celebrarse.

El primer cordero, para la celebración dominical, se coloca al centro de la Patena, y así el resto de los Corderos serán colocados al lado del primero.

Una vez que todos los corderos han sido preparados, el sacerdote continúa la Proskomidia como de costumbre.

Durante la Anáfora, el sacerdote no hará referencia plural a los Corderos, sino que hablará en forma singular como de costumbre.

En la elevación del Cordero, cuando dice: «Lo Santo para los santos», el sacerdote eleva todos los corderos al mismo tiempo; es por ello que en la Liturgia de Presantificados, el sacerdote solamente toca al Cordero Presantificado diciendo «Los Dones Presantificados para los santos»; no eleva al Cordero porque ya fue elevado durante la Divina Liturgia precedente.

Después de haber partido y dividido al primer Cordero, depositar la partícula sellada con «IC» en el Cáliz, verter agua caliente, como de costumbre; el sacerdote toma la esponja sobre su palma izquierda, y con su diestra al Cordero adicional y lo deposita sobre la esponja boca abajo, diciendo:

Oh Cristo, nuestro Señor, por la divina Sangre que ha emanado de tu Costado purísimo y vivificador, el sacrificio de los ídolos fue anulado y toda la creación te ofrece el sacrificio de alabanza para siempre.

Luego, con la cuchara, vierte un poco del Vino consagrado sobre el Cordero, en forma de cruz diciendo:

La unión y perfección del Cuerpo inmaculado y de la preciosa Sangre. Amén.

Luego deposita al Cordero, con el sello boca abajo en una caja especial (Artoforio) (si no hay, el Cordero será depositado en otra Patena y cubierto con una estrella y un velo).

Para cada Cordero adicional se sigue el mismo procedimiento.

El Artoforio permanecerá sobre el Altar con una lámpara encendida delante de él.

Después de haber preparado el Cordero para la Liturgia de los Dones Presantificados, el sacerdote continúa con el resto de la Liturgia dominical como de costumbre.

Keron y revestimiento

Durante la segunda lectura de las oraciones del trisagio en la Nona, el sacerdote y el diácono¹, habiendo ayunado todo el día, se ponen de pie en el Soleas y hacen tres reverencias diciendo:

Por las oraciones de nuestros santos padres, oh Señor Jesucristo, Dios nuestro, ten piedad de nosotros y sálvanos.

¹ Se acostumbra que la Liturgia de Presantificados no sea concelebrada, solo se celebra por un sacerdote y un diácono.

Luego, veneran los iconos, piden el perdón del pueblo y entran al Santuario (el sacerdote por la Puerta Norte y el diácono por la Puerta Sur), hacen tres reverencias ante el Altar en silencio, lo veneran y se dirigen a revestirse de color morado. Las oraciones para revestirse se omiten, solamente besarán cada una de las partes de sus ornamentos diciendo: «Por las oraciones de nuestros santos Padres...»

Durante la celebración de Typika, el sacerdote dice la oración «Oh Santísima Trinidad» desde el Santuario.

Mientras el lector recita «Es justo en verdad», Las Puertas Santas se abren.

La Typika se concluye con el Dismisal pequeño; Vísperas con la Liturgia de los Dones Presantificados comienza en este momento.

El sacerdote y el diácono frente al Altar hacen tres reverencias diciendo:

Oh Dios, perdóname a mí pecador y ten piedad de mí.

El sacerdote besa el Evangelio y el Altar; el diácono besa la esquina del Altar. Después de tomar la bendición del sacerdote, el diácono sale del Santuario por la Puerta Norte, y se para ante Las Puertas Santas, para empezar la Liturgia:

LITURGIA DE LOS DONES PRESANTIFICADOS

Diácono: ¡Bendice, Señor!

El sacerdote eleva el santo Evangelio con ambas manos, y con él hace la señal de la cruz sobre el Antimensio, exclamando con fuerza:

Sacerdote: Bendito sea el Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El sacerdote coloca el Evangelio sobre el Antimensio. El diácono entra al Santuario y se coloca en su lugar; mientras el salmo 103 es leído, el sacerdote delante del Altar recita en silencio la quinta, sexta y séptima oraciones vespertinas.²

Oraciones vespertinas

(Quinta oración vespertina)

Sacerdote: Oh Señor, Tú que sostienes todas las cosas en tu purísima mano, que eres paciente con nosotros y te duelen nuestras

² Las primeras cuatro oraciones vespertinas serán leídas más adelante después de las Letanías

transgresiones: Tú mismo, Señor, acuérdate de tu compasión y de tu misericordia, míranos con tu bondad, concédenos pasar el resto de este día sin caer en las diversas asechanzas del maligno, y conserva, por la Gracia de tu Espíritu Santo, nuestra vida de cualquier engaño; por la piedad y el amor a la humanidad de tu Hijo unigénito, con Quien eres bendito, juntamente con tu Santísimo Espíritu bueno y vivificador, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

(Sexta oración vespertina)

Sacerdote: Oh Dios, grande y maravilloso, que provees todo con indescriptible bondad y gran providencia, y nos concedes toda clase de bienes; que nos has dado ya parte en el Reino prometido por tu bondad y que nos has guardado de todo mal durante el día: concédenos completar el resto de este día sin reproche ante tu santa gloria para que podamos cantarte, oh Dios nuestro, Amante de la humanidad; porque Tú eres nuestro Dios, y a Ti rendimos gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

(Séptima oración vespertina)

Sacerdote: Oh Dios, grande y altísimo, el único inmortal, que moras en la luz inaccesible; que has formado toda la creación con sabiduría; que has dividido la luz de las tinieblas y has puesto el sol para regir el día, y la luna y las estrellas para regir la noche; que nos has concedido en esta hora, a nosotros pecadores, alcanzar tu Rostro con la confesión, y ofrecerte nuestra glorificación vespertina: Tú mismo Señor, Amante de la humanidad, dirige nuestra oración como incienso y recíbela como suave fragancia de perfume espiritual, y concédenos que esta tarde y la noche venidera sean pacíficas; revístenos de la armadura de la luz, líbranos del temor nocturno y de todo lo que anda en las tinieblas, y que el sueño, que nos has dado para reposo de nuestra debilidad, sea libre de toda fantasía satánica. Sí, oh Señor de todo, Dador de los bienes, haz que nosotros, movidos por la devoción, nos acordemos de tu santo Nombre durante la noche y, siendo iluminados por la luz de tus mandamientos, nos levantemos con alegría a glorificar tu bondad y ofrecer alabanzas y súplicas ante la ternura de tu compasión, por el perdón de nuestros

pecados y de los de todo el pueblo; visítalo con tu bondad, por la intercesión de tu purísima Madre y de todos los santos, porque Tú eres un Dios bueno y Amante de la humanidad, y a Ti rendimos gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Cuando termina la lectura del Salmo 3, el diácono sale por la Puerta Norte y se coloca frente a las Puertas Santas. Ya en el soleas, eleva su Orario y entona la Letanía de la Paz.

Letanía de la Paz

Diácono: En paz, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por la paz que de lo alto viene, y por la salvación de nuestras almas, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por la paz del mundo entero, por la estabilidad de las santas iglesias de Dios y por la unión de todos, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por esta santa morada y por todos los que en ella entran con fe, devoción y temor de Dios, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por nuestro padre y Metropolitano (.....)³, por el honorable presbiterado y el diaconado en Cristo; por todo el clero y el pueblo, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por el Presidente de la República, por toda autoridad civil y por las fuerzas armadas, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por esta ciudad (*pueblo, monasterio*), por toda ciudad y país, y por los fieles que en ellos habitan, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

³ Cuando el obispo está celebrando, el sacerdote y el diácono, desde su lugar, se inclinan hacia el obispo con una reverencia; así también los demás sacerdotes que están alrededor del obispo. El coro canta: «Por muchos años, Señor», mientras el obispo bendice a todos.

Diácono: Por la templanza de los aires, la abundancia de los frutos de la tierra y por climas benévolos, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por los que viajan por tierra, mar o aire; por los enfermos, los afligidos y los cautivos; y por su salvación, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Para que seamos liberados de toda aflicción, ira, peligro y necesidad, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Conmemorando a nuestra santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María, junto con todos los santos,

encomendémonos a nosotros mismos, los unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

(Primera oración vespertina):

Sacerdote: Oh Señor, compasivo y misericordioso, lento para la ira y grande en misericordia: presta oído a nuestra súplica y atiende la voz de nuestro clamor. Marca sobre nosotros una señal para bien. Condúcenos por tus sendas y así andaremos en tu verdad. Alegra nuestros corazones para que temamos tu santo Nombre. Porque Tú eres grande y haces maravillas. Tú sólo eres Dios, y entre los dioses no hay ninguno como Tú, oh Señor, grande en misericordia, bondadoso y compasivo para socorrer, consolar y salvar a todos los que esperamos en tu santo Nombre...

(Exclamación): ...Porque a Ti se debe toda gloria, honor y adoración: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El diácono entra al Santuario por la Puerta Sur. Y Mientras el lector lee el Catisma décimo octavo de los Salmos, sobre tres antifonas o Estasis; el sacerdote y el diácono se lavan las manos sin decir nada. El diácono lleva la Patena, el Asterisco y un velo al santo Altar. Ambos se prosternan tres veces; y el sacerdote levanta el santo Evangelio y lo coloca a un lado del Antimensio; desdobra el Antimensio y coloca la Patena encima; incienso tres veces ante el Artoforio, y entrega el incensario al diácono; con mucha devoción abre el Artoforio, levanta un Cordero, y con mucho cuidado lo coloca, boca abajo, sobre la Patena; luego coloca el Asterisco y el Velo diciendo: «Por las Oraciones de nuestros Santos Padres, Oh Señor Jesucristo, ten piedad de nosotros y sálvanos. Amén.» Toma el incensario e incienso tres veces, se prosterna tres veces, y con ambas manos levanta la santa Patena encima de su cabeza y se dirige, detrás del Altar, hacia la mesa de oblación, precedido por el diácono con el incensario y la vela; coloca la santa Patena sobre la mesa de la oblación y vierte Vino y Agua en el santo Cáliz y lo cubre con el Velo, luego cubre los santos dones con el Velo Grande diciendo: «Por las Oraciones de nuestros Santos Padres...». Venera los Dones Presantificados e incienso tres veces la mesa de oblación, el Altar y todo el Santuario, y entrega el incensario al diácono; sierra el Antimensio y coloca el Santo Evangelio encima. Todo esto el celebrante lo hace mientras el lector está leyendo el Catisma con sus tres Estasis, y en cada pausa el diácono entona la Letanía Menor, mientras el

sacerdote lee las oraciones vespertinas segunda, tercera y cuarta respectivamente.

Al concluir la primera Estasis, el diácono sale del Santuario por la Puerta Norte, y dice la Letanía:

Letanía Menor

Diácono: Más y más, en paz, roguemos al Señor.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Diácono: Conmemorando a nuestra santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María, junto con todos los santos, encomendémonos a nosotros mismos, los unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

(Segunda oración vespertina):

Sacerdote: Oh Señor, no nos abandones en tu enojo ni nos reprendas en tu ira; sino que obra en nosotros según tu ternura, oh Médico y

Sanador de nuestras almas. Guíanos al puerto de tu Voluntad. Ilumina los ojos de nuestro corazón en el conocimiento de tu verdad y concédenos pasar el resto del presente día y toda nuestra vida, en paz y sin pecado; por la intercesión de tu purísima Madre y de todos los Santos...

(Exclamación): ...Porque tuyo es el poder, y tuyos son el Reino, la fuerza y la gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Al concluir la segunda Estasis, el diácono sale del Santuario por la Puerta Norte, para decir la pequeña Letanía:

Letanía Menor

Diácono: Más y más, en paz, roguemos al Señor.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Diácono: Conmemorando a nuestra santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María, junto con todos los santos, encomendémonos a nosotros mismos, los unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

(Tercera oración vespertina):

Sacerdote: Oh Señor Dios nuestro: acuérdate de nosotros, los que clamamos a Ti, siervos tuyos pecadores e inútiles; no nos avergüences, ya que esperamos en tu misericordia, sino que concédenos, oh Señor, todo lo bueno para nuestra salvación; y haznos dignos de amarte y de temerte con todo nuestro corazón y de hacer tu Voluntad en todas las cosas...

(Exclamación): ...Pues eres un Dios bueno y amante de la humanidad; y a Ti rendimos gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Al concluir la tercera Estasis, el diácono sale del Santuario por la Puerta Norte, para decir la pequeña Letanía:

Letanía Menor

Diácono: Más y más, en paz, roguemos al Señor.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Diácono: Conmemorando a nuestra santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María, junto con todos los santos, encomendémonos a nosotros mismos, los unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

(Cuarta oración vespertina):

Sacerdote: Oh Señor, a Quien los poderes celestiales cantan himnos y alabanzas incesantes: llena nuestra boca de tu alabanza para que podamos engrandecer tu santo Nombre. Y concédenos ser contados entre los

que en verdad te temen y guardan tus preceptos; por la intercesión de tu Purísima Madre y de todos los Santos...

(Exclamación): ...Porque Tú eres nuestro Dios, Dios de misericordia y salvación; y a Ti rendimos gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Oh Señor, clamo a Ti

Mientras se canta «Oh Señor a Ti clamo», el sacerdote bendice el incienso, y al empezar el verso «Valga ante Ti mi oración», el diácono incienso primero los Dones Presantificados, luego el Altar, los iconos y el pueblo (incensación mayor).

Cuando el coro canta «Ahora y siempre», el sacerdote y el diácono hacen la Entrada vespertina con el incienso (Si llegara a haber lectura del Evangelio, entonces la Entrada será con el Evangelio y no con el incensario). Frente del iconostasio, el diácono dice:

Diácono: Roguemos al Señor.

(Oración de la Entrada):

Sacerdote: En la tarde, en la mañana y al medio día te alabamos, te bendecimos, te damos

gracias y te suplicamos, Soberano de todo, Señor amante de la humanidad: dirige nuestra oración como incienso ante Ti, y no inclines nuestros corazones a palabras o pensamientos de maldad. Antes bien, líbranos de todos los que persiguen nuestra alma; pues, Señor, nuestros ojos están dirigidos hacia Ti y en Ti esperamos, no nos desampares, Dios nuestro; porque a Ti se debe toda gloria, honor y adoración: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Señalando las Puertas Santas con su Orario, el diácono dice:

Diácono: Bendice, padre, la santa entrada.

Sacerdote: Bendita sea la entrada de tus santos, perpetuamente, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Diácono: Amén.

El diácono incienso como siempre. Cuando el coro ha terminado de cantar, el diácono, mirando hacia el Altar, eleva el incensario y exclama:

Diácono: ¡Sabiduría! ¡Levantémonos!

Es leído el canto «Esplendorosa Luz».

Lecturas

Al terminar el lector, el diácono dice:

Diácono: ¡El Proquímeno vespertino!

Diácono: El Proquímeno es en el tono (.....)
Y entona el Proquímeno.

Diácono: ¡Sabiduría!

Lector: Lectura del Libro de (.....)

Diácono: ¡Estemos atentos!

El Lector anuncia la primera lectura, y cuando termina dice:

Lector: El Proquímeno de la segunda lectura es en el tono (.....)

Y entona el proquímeno, luego dice:

Lector: Κέλευσον (¡Ordena!)

El sacerdote sosteniendo en su diestra una vela y el incensario, hace la señal de la cruz sobre el Altar diciendo:

Sacerdote: ¡Sabiduría! ¡Levantémonos!

Luego, desde las Puertas Santas, se dirige hacia el pueblo, lo bendice haciendo la señal de la cruz con la vela y el incensario y diciendo:

Sacerdote: ¡La Luz de Cristo ilumina a todos!

El lector anuncia la segunda lectura:

Lector: La segunda lectura es del Libro de (.....)

Diácono: ¡Sabiduría! ¡Estemos atentos!

El Lector lee la segunda lectura.

Valga ante ti mi oración

Al terminar la lectura, el sacerdote, incensando ante el Altar, canta el siguiente verso:

Sacerdote: Valga ante Ti mi oración como incienso, y mis manos alzadas, como oblación de la tarde.

El sacerdote incienso el lado sur del Altar entonando el siguiente verso:

Sacerdote: Oh Señor, clamo a Ti, escúchame; atiende la voz de mi súplica, cuando clamo a Ti.

Pueblo: Valga ante Ti...

El sacerdote incienso la parte de atrás del Altar entonando el siguiente verso:

Sacerdote: Pon, oh Señor, guardia a mi boca y puerta segura a mis labios.

Pueblo: Valga ante Ti...

El sacerdote incienso el lado norte del Altar entonando el siguiente verso:

Sacerdote: No dejes que mi corazón se desvíe a palabras de maldad justificándose con pretextos de pecados.

Pueblo: Valga ante Ti...

El sacerdote incienso los Dones Presantificados entonando el siguiente verso:

Sacerdote: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Pueblo: Valga ante Ti...

El sacerdote incienso nuevamente frente al Altar mientras canta despacio:

Sacerdote: Valga ante Ti mi oración...

De pie en las Puertas Santas, incienso los iconos y el pueblo, y continúa cantando:

Sacerdote: ...como incienso, mis manos alzadas...

Y el coro completa:

Pueblo: ...como oblación de la tarde.

* * * * *

Letanía ferviente⁴

El diácono sale del Santuario por la Puerta Norte y dice la siguiente Letanía:

Diácono: Digamos todos con toda nuestra alma y con todo nuestro espíritu, digamos:

Pueblo: Señor, ten piedad. *(Tres veces)*

Diácono: Señor Omnipotente, Dios de nuestros padres: te suplicamos que nos escuches y tengas piedad.

Diácono: Ten piedad de nosotros, Señor, según tu gran misericordia: te suplicamos que nos escuches y tengas piedad.

⁴ Si hay lectura de Epístola y/o Evangelio, se insertan en este momento con el orden normal de las lecturas en la Liturgia.

Diácono: De nuevo suplicamos por nuestro padre y Metropolitano (.....).

Diácono (En las parroquias): De nuevo suplicamos por nuestros hermanos los sacerdotes, los diáconos y los monjes, y por todos nuestros hermanos en Cristo.

Diácono (En los monasterios): De nuevo suplicamos por nuestro padre y Abad (.....), y por toda nuestra hermandad en Cristo.

Diácono (En las parroquias): También rogamos por piedad, vida, paz, salud, salvación, visitación, perdón y remisión de los pecados de los siervos de Dios, los cristianos ortodoxos, los que viven en esta ciudad y los reunidos en este santo templo, sus feligreses y bienhechores.

Diácono (En los monasterios): También rogamos por piedad, vida, paz, salud, salvación, visitación, perdón y remisión de los pecados de los siervos de Dios que están en este monasterio, y de sus servidores y bienhechores.

Diácono: De nuevo suplicamos por los fundadores de este santo templo (*o monasterio*), y por todos nuestros padres y hermanos que nos han precedido en la fe, y que reposan aquí y en todo lugar.

Diácono (En las parroquias): De nuevo suplicamos por los benefactores y bienhechores de este santo y venerable templo, por sus servidores y sus cantores, y por todo el pueblo presente que esperamos de Ti gran y abundante misericordia.

Diácono (En los monasterios): De nuevo suplicamos por nuestros hermanos que están laborando en los diversos servicios o que yacen en la enfermedad, por todos los que nos sirven y nos hacen el bien, y por todos los que nos han pedido a nosotros, indignos, orar por ellos.

(Oración de la Letanía):

Sacerdote: Señor Dios nuestro, recibe esta súplica ferviente de tus siervos y ten piedad de nosotros según tu gran misericordia, y derrama

tu compasión sobre nosotros y sobre todo tu pueblo, que espera de Ti gran y abundante piedad...

(Exclamación): ...Porque eres un Dios misericordioso y Amante de la humanidad, y te rendimos gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

* * * * *

Letanías de los catecúmenos

Diácono: Catecúmenos, rogad al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad (*así responde el coro a cada petición*).

Diácono: Fieles, rogad por los catecúmenos, para que el Señor tenga piedad de ellos.

Diácono: Para que les instruya en la palabra de la verdad.

⁵ Generalmente se omiten las Letanías de los catecúmenos, es decir, de los que se están en preparación para recibir el santo Bautismo; se los puede decir, cuando sea necesario, según el celebrante considere.

Diácono: Para que les revele el evangelio de la justicia.

Diácono: Para que los una a su Santa Iglesia Católica y Apostólica.

Diácono: Ampáralos, sálvalos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Diácono: Catecúmenos, inclinad la cabeza ante el Señor.

Pueblo: A Ti, Señor.

Mientras el diácono está entonando la Letanía, el sacerdote hace la señal de la cruz sobre el Antimensio con el Evangelio y después lo coloca frente al tabernáculo y dice la siguiente oración:

(Oración de los catecúmenos):

Sacerdote: Oh Dios, nuestro Dios, Autor de todas las criaturas, que has deseado que todo hombre se salve y hacia el conocimiento de la verdad se adelante: Mira hacia tus siervos, los catecúmenos, y libéralos de su antigua desilusión y de toda asechanza del enemigo. Llámalos a la vida eterna, ilumina su alma y

cuerpo y cuéntalos entre tu rebaño racional, que es llamado por tu santo Nombre...

(Exclamación): ...Para que ellos, juntamente con nosotros, glorifiquen tu honorabilísimo y magnífico Nombre: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El sacerdote desdobra el Antimensio mientras el diácono dice la Letanía de la despedida a los catecúmenos:

Diácono: Todos los catecúmenos, salid. Salid, catecúmenos. Que ningún catecúmeno permanezca.

La siguiente Letanía por aquellos que se preparan a recibir la santa iluminación (Bautismo) se añade a partir del miércoles de la cuarta semana

Diácono: ¡Todos los que se preparan para la iluminación acercaos! Rogad al Señor, vosotros que os preparáis para la iluminación

Diácono: Señor, ten piedad.

Diácono: Por estos hermanos que se preparan para recibir la santa iluminación y por su salvación, fieles, roguemos al Señor.

Diácono: Para que el Señor, nuestro Dios los confirme y les dé fortaleza, roguemos al Señor.

Diácono: Para que los ilumine con la luz del conocimiento y de la piedad, roguemos al Señor.

Diácono: Para que les conceda, en el tiempo debido el baño de regeneración, el perdón de sus pecados y la vestidura de incorruptibilidad, roguemos al Señor.

Diácono: Para que los regenere con el agua y el Espíritu, roguemos al Señor.

Diácono: Para que les conceda la perfección de la fe, roguemos al Señor.

Diácono: Para que los cuente entre el número de su rebaño santo y escogido, roguemos al Señor.

Diácono: Ampáralos, sálvalos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Diácono: Vosotros que os preparáis para la iluminación: inclinad la cabeza ante el Señor.

Pueblo: A Ti, Señor.

(Oración de la Letanía):

Sacerdote: Muestra la luz de tu Rostro, oh Maestro, sobre aquellos que se preparan para la santa iluminación y que desean desechar toda impureza provocada por el pecado. Ilumina su entendimiento; confírmalos en la fe; fortalece su esperanza; perfecciónalos en el amor; haz de ellos honorables miembros de tu Cristo, Quien se ha entregado a sí mismo por nuestras almas...

(Exclamación): ...Porque Tú eres nuestra iluminación, y a Ti rendimos gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Diácono: ¡Todos los que se preparan para la iluminación, salid. Salid todos los que se preparan para la iluminación!

* * * * *

Diácono: Todos los catecúmenos, salid. Salid, catecúmenos. Que ningún catecúmeno permanezca.

Letanías de los fieles

Diácono: Todos los fieles, más y más en paz, roguemos al Señor.

Diácono: Señor, ten piedad.

Diácono: Ampáranos y sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Diácono: Sabiduría.

(Primera oración de los fieles):

Sacerdote: Oh Dios, grande y digno de alabanza, que por la vivificante muerte de tu Cristo nos has trasladado de la corrupción a la incorruptibilidad: libra nuestros sentidos de las pasiones mortíferas poniéndoles como buen

guía la mente interior. Que nuestro ojo se aparte de toda mirada mala; que nuestro oído sea inaccesible a toda palabra ociosa; y que nuestra lengua sea exenta de toda expresión impropia. Purifica nuestros labios que te alaban, oh Señor; y haz que nuestras manos se abstengan de obras perversas y que obren solamente aquellas que te agradan, confirmando nuestros miembros y nuestra mente en tu Gracia...

(Exclamación): ...Porque a Ti se debe toda gloria, honor y adoración: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo; ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Diácono: Más y más en paz, roguemos al Señor.

Diácono: Señor, ten piedad.

Diácono: Ampáranos y sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Diácono: Sabiduría.

(Segunda oración de los fieles):

Sacerdote: Oh santo Soberano, el único bondadoso, Te imploramos a Ti que eres rico en misericordia, que seas compasivo con nosotros, pecadores, y nos hagas dignos de recibir a tu Hijo unigénito, nuestro Dios y Rey de la gloria. Porque he aquí que su purísimo Cuerpo y su vivificadora Sangre entran en la hora presente y serán colocados sobre este místico Altar, escoltados invisiblemente por una multitud de huestes celestiales. Concédenos participar de ellos sin condenación, a fin de que nuestros ojos espirituales sean iluminados y vengamos a ser hijos de la luz y del día...

(Exclamación): ...Por el don de tu Cristo, con Quien eres bendito, junto con tu Santísimo Espíritu bueno y vivificador, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Entrada de los Dones

El diácono entra al Santuario por la Puerta Sur y el coro canta el himno de la entrada. El sacerdote directamente recita el himno acompañado por el diácono:

Sacerdote: Ahora los poderes celestiales invisiblemente celebran junto con nosotros; porque he aquí que entra el Rey de la gloria.

Diácono: He aquí que el místico sacrificio, ya completo, es escoltado. Acerquémonos con fe y anhelo, para ser partícipes de la vida eterna. Aleluya.

El sacerdote inciensa los Dones Presantificados, el Altar, el Santuario, y desde las Puertas Santas los iconos del iconostasio y el pueblo, rezando en silencio el salmo 50 completo.

Cuando termina la incensación, el sacerdote y el diácono hacen tres reverencias, besan el Antimensio, piden el perdón el uno al otro y al pueblo, y se dirigen hacia la mesa de obración. El sacerdote inciensa los Dones Presantificados; luego ambos hacen tres postraciones diciendo cada vez: «Oh Dios, perdóname a mí, pecador, y ten piedad de mí.» El sacerdote coloca el gran Velo sobre su cabeza, eleva la Patena y el Cáliz con mucha devoción, y sale del Santuario por la Puerta Norte precedido por el diácono quien lleva una vela encendida y le va incensando. Todos los presentes se prosternan en silencio y el sacerdote no dice nada más que: «Por las oraciones de nuestros santos padres...»; entra por las Puertas Santas y deposita la Patena y el Cáliz sobre el

Antimensio de la manera acostumbrada y quita los Velos, inciensa el Velo que estaba sobre su cabeza y con él cubre los Dones Presantificados, y se prosterna, con el diácono tres veces, mientras el coro completa el himno de la entrada:

Coro: He aquí que el místico sacrificio, ya completo, es escoltado. Acerquémonos con fe y anhelo, para ser partícipes de la vida eterna. Aleluya.

Letanía vespertina

El diácono sale por la Puerta Norte y dice la siguiente Letanía:

Diácono: Completemos nuestra oración vespertina al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Por los preciosos dones ofrecidos y presantificados, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Que nuestro Dios amante de la humanidad, que se ha dignado recibirlas sobre su santo, celestial e inmaterial Altar como aroma de fragancia espiritual, envíe

sobre nosotros, a cambio, la divina Gracia y el don del Espíritu Santo, pidamos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Para que seamos liberados de toda aflicción, ira, peligro y necesidad, roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Que este día entero sea perfecto, santo, pacífico y sin pecado, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: Un ángel de paz, fiel guía y custodio de nuestras almas y cuerpos, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: El perdón y remisión de nuestros pecados y ofensas, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: Cuanto es bueno y útil para nuestras almas, y la paz para el mundo, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: Que el tiempo restante de nuestra vida se concluya en paz y penitencia, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: Un cristiano fin de nuestra vida, exento de dolor y vergüenza, pacífico, y una buena defensa ante el temible tribunal de Cristo, pidamos al Señor.

Pueblo: Concédelo, Señor.

Diácono: Habiendo implorado por la unión de la fe y la comunión del Espíritu Santo, encomendémonos a nosotros mismos, los unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

(La oración de la Letanía):

Sacerdote: Oh Dios de misterios inefables e invisibles, en Quien están ocultos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento; oh Tú, que nos has revelado el ministerio de este servicio y nos has hecho dignos, por tu gran amor a la humanidad, a nosotros pecadores, de ofrecerte dones y sacrificios por nuestros pecados y por las faltas del pueblo, cometidas en ignorancia: Tú mismo, oh Rey invisible, que obras grandezas insondables, y prodigios gloriosos e innumerables, míranos a nosotros, tus indignos siervos que comparecemos ante tu santo Altar, como si fuera ante tu Trono querúbico, sobre el cual reposa tu Hijo unigénito, nuestro Dios en los temibles Misterios aquí presentes; líbranos y a tu pueblo creyente de toda impureza, santifica nuestras almas y cuerpos indeleblemente, a fin de que, participando con conciencia pura, rostro digno y corazón iluminado de estos Misterios divinos, y vivificados por ellos, seamos unidos a Cristo mismo, nuestro verdadero Dios, Quien dijo: «Todo aquel que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en Mí y Yo en él»; y así tu

Verbo, oh Señor, morando en nosotros y permaneciendo entre nosotros, nos haga templos de tu adorable y Santísimo Espíritu, redimiéndonos de todo asecho diabólico tanto de obra como de palabra o pensamiento, y obtengamos los bienes prometidos junto con todos tus Santos que desde siempre te han complacido...

(Exclamación): Y haznos dignos, oh Soberano, de atrevernos a invocarte como *Padre*, con confianza y sin condenación a Ti, Dios celestial, y decirte:

Todos, clero y pueblo, dicen:

Pueblo: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal.

Mientras, el diácono cruza el Orario sobre el pecho y la espalda.

Sacerdote: Porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Sacerdote: La paz sea con vosotros.

Pueblo: Y con tu espíritu.

Diácono: Inclínemos la cabeza ante el Señor.

Pueblo: A Ti, Señor.

El sacerdote, inclinando la cabeza, dice la siguiente oración:

Sacerdote: Oh Dios, único bondadoso y misericordioso, que moras en las alturas y tienes compasión de los humildes: mira con ojos de misericordia a todo tu pueblo y consévalo. Haznos dignos de participar sin condenación de estos misterios vivificadores; pues ante Ti hemos inclinado la cabeza esperando tu gran misericordia...

(Exclamación): Por la gracia, la misericordia y el amor a la humanidad de tu Hijo unigénito, con Quien eres bendito, junto con tu Santísimo Espíritu, bueno y vivificador, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Sacerdote: Señor Jesucristo, Dios nuestro, escúchanos desde tu santa morada y desde el Trono de gloria de tu Reino, y ven a santificarnos, oh Tú, que estás sentado en las alturas con el Padre, y que invisiblemente estás aquí presente con nosotros; dígnate concedernos por tu poderosa mano tu inmaculado Cuerpo y tu preciosa Sangre, y por medio nuestro, a todo el pueblo.

El sacerdote y el diácono, en el lugar donde se encuentren, hacen tres reverencias diciendo: «Oh Dios, perdóname a mí, pecador, y ten piedad de mí.»

Diácono: ¡Estemos atentos!

El sacerdote reverentemente toca el precioso Cuerpo de Cristo con los dedos de ambas manos de abajo del Velo (sin elevarlo) y dice:

Sacerdote: ¡Los Dones Presantificados, para los santos!

Pueblo: Un sólo Santo, un sólo Señor, Jesucristo, en la gloria de Dios Padre. Amén.

Mientras, el diácono entra al Santuario por la Puerta Sur, se para al lado derecho del sacerdote y dice:

Diácono: Fracciona, reverendo padre, el santo Pan.

El sacerdote divide al santo Cordero en cuatro partes con gran reverencia, diciendo:

Sacerdote: Es fraccionado y distribuido el Cordero de Dios: fraccionado y no dividido; siempre es comido y jamás consumido, mas santifica a los que de Él participan.

Y deposita las cuatro porciones en la Patena, ordenándolas en forma de cruz:

ΙΣ *(para ser depositada en el Cáliz)*

NI KA (para la comunión del pueblo)

XΣ (para la comunión del clero)

El diácono, señalando con su Orario el Cáliz, dice:

Diácono: Llena, reverendo padre, el santo Cáliz.

El sacerdote toma la porción sellada con ; hace con ella la señal de la cruz sobre el santo Cáliz y deposita la partícula dentro del Cáliz diciendo:

Sacerdote: La plenitud del Espíritu Santo.

Diácono: Amén.

El diácono presenta el agua caliente en el Zeón al sacerdote, diciendo:

Diácono: Bendice, Señor, el agua caliente.

El sacerdote bendice, diciendo:

Sacerdote: Bendito es el fervor de tus Santos Dones perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

El diácono vierte el agua caliente en el Cáliz en forma de cruz, diciendo:

Diácono: El fervor del Espíritu Santo. Amén.

El sacerdote y el diácono, inclinando devotamente la cabeza frente al Altar, rezan las oraciones de la comunión:

Oración de preparación para la comunión

Creo, Señor, y confieso que Tú eres en verdad el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido al mundo a salvar a los pecadores, de los que yo soy el primero. También creo que éste es tu mismo immaculado Cuerpo y que ésta es tu misma preciosa Sangre. Por tanto, te imploro: ten piedad de mí y perdona mis culpas, voluntarias e involuntarias, las de palabra o de obra, cometidas a sabiendas o en ignorancia; y hazme digno, sin condenación, de participar de tus immaculados Misterios, para el perdón de mis pecados y para la vida eterna.

Oh Hijo de Dios, admítame hoy como participante de tu Cena mística, pues no diré tu misterio a tus enemigos ni te daré un beso como Judas, sino que, como el ladrón, te confieso: «Acuérdate de mí, Señor, en tu Reino.»

Que la comunión de tus santos Misterios, oh Señor, no sea para mí motivo de juicio o

condenación, sino para curación del alma y del cuerpo.

La Comunión del clero

El sacerdote hace tres reverencias ante el Altar, pide perdón al diácono y al pueblo, y dice ante el Altar:

Sacerdote: He aquí que me acerco a Cristo, nuestro Rey inmortal y nuestro Dios.

Toma con ambas manos una parte de la porción del Cordero sellada con X, diciendo:

Sacerdote: me es concedido a mí (.....), indigno sacerdote, el precioso y santísimo Cuerpo de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo para la remisión de mis pecados y para la vida eterna.

El sacerdote consume la porción del Cordero con devoción, y con sumo cuidado sacude la palma de su mano con la esponja, encima de la Patena. Luego, dice al diácono:

Sacerdote: Acércate, diácono.

El diácono se acerca al sacerdote con las palmas de sus manos cruzadas (la derecha sobre la izquierda), diciendo:

Diácono: He aquí que me acerco; concédeme, Soberano, el precioso y santísimo Cuerpo de nuestro Señor.

El sacerdote coloca la otra parte de la porción del Cordero sellada con X en las manos del diácono diciendo:

Sacerdote: Le es concedido al piadoso diácono (.....), el precioso y santísimo Cuerpo de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, para la remisión de sus pecados y para la vida eterna.

El diácono besa la mano del sacerdote y se dirige hacia atrás del Tabernáculo; y con temor y devoción, consume la porción del Cordero que le fue dada; regresa de nuevo a la esquina norte del Altar y sacude cuidadosamente con la esponja, sobre la Patena, la palma de su mano. El sacerdote, tomando con ambas manos el Cáliz y sosteniendo un borde del Calima, dice:

Sacerdote: También me es concedida a mí (.....), indigno sacerdote, la santísima y vivificadora Sangre de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, para la remisión de mis pecados y para la vida eterna.

El sacerdote toma tres sorbos del Cáliz diciendo:

Sacerdote: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Seca sus labios y el borde del Cáliz con el Calima diciendo:

Sacerdote: Esto ha tocado mis labios, borraré mis iniquidades y limpiaré mis pecados.

Luego dice al diácono:

Sacerdote: Diácono, acércate de nuevo.

El diácono se acerca y hace una reverencia diciendo:

Diácono: De nuevo me acerco; concédeme, Soberano, la santísima y vivificadora Sangre de nuestro Señor.

El diácono toma con una mano el borde del Calima y lo coloca debajo de su mentón; y con la otra, le ayuda al sacerdote a inclinar el Cáliz. El sacerdote dice:

Sacerdote: Le es concedida al piadoso diácono (....) la santísima y vivificadora Sangre de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, para la remisión de sus pecados y para la vida eterna.

El sacerdote seca los labios del diácono y el borde del Cáliz con el Calima, y dice:

Sacerdote: Esto ha tocado tus labios, borraré tus iniquidades y limpiará tus pecados.

La Comunión del pueblo

El sacerdote deposita el Cáliz sobre el Antimensio y, con gran devoción, parte en pequeñas partículas las porciones del Cordero selladas con NI y KA (exclusivamente), diciendo: «Habiendo visto la resurrección de Cristo...»; las vierte en el Cáliz, y lo cubre

con el Calima. El sacerdote toca el Asterisco sobre la santa Patena, indicando al pueblo concluir el canto de la comunión; y entrega el Cáliz al diácono, quien lo eleva exclamando:

Diácono: Con temor de Dios, fe y amor, acercaos.

Pueblo: ¡Dios, el Señor, se nos ha manifestado! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

El sacerdote recibe del diácono el Cáliz para dar la comunión a los fieles, mientras el diácono se para a su lado izquierdo para ayudarlo. El sacerdote dice a cada uno: «¡Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Cristo!»; y concluyendo dice: «Para la remisión de sus pecados y para la vida eterna.»

Mientras el sacerdote da la comunión, el pueblo canta este himno propio:

Pueblo: Oh Hijo de Dios, admíteme hoy como participante de tu Cena mística, pues no diré tu misterio a tus enemigos ni te daré un beso como Judas, sino que, como el ladrón, te confieso: «Acuérdate de mí, Señor, en tu Reino.»

Al terminar, el sacerdote bendice al pueblo con su diestra, exclamando:

Sacerdote: Salva, oh Dios, a tu pueblo y bendice a tu heredad.

Pueblo: Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca; gustad el Pan celestial y el Cáliz de vida y ved que el Señor es bueno. ¡Aleluya, aleluya, aleluya!

El sacerdote y el diácono retornan hacia el Altar. El diácono vierte en el santo Cáliz las partículas de la conmemoración que están en la santa Patena diciendo:

Diácono: Lava, oh Señor, con tu preciosa Sangre, los pecados de tus siervos que han sido conmemorados aquí, por la intercesión de la Madre de Dios y de todos los Santos.

Y cubre el santo Cáliz con el Calima, y pone los Velos, la Lanza y el Asterisco sobre la Patena, mientras el sacerdote inciensa los santos Dones tres veces. El diácono le dice:

Diácono: Alza, reverendo padre.

Sacerdote: ¡Álzate, oh Dios, sobre los cielos; sobre toda la tierra, tu gloria!

El sacerdote entrega al diácono la santa Patena; él la levanta al nivel de su frente con ambas manos y la lleva hasta la mesa de la oblación. El sacerdote toma el Cáliz cubierto y, elevándolo, se dirige hacia el pueblo diciendo:

Sacerdote: Perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén. Llénese nuestra boca de tu alabanza, Señor, para cantar tu gloria; porque nos has hecho dignos de participar de tus santos Misterios inmortales y vivificadores. Consérvanos en tu Santidad, para que todo el día meditemos tu justicia. ¡Aleluya, aleluya, aleluya!

El sacerdote lleva el santo Cáliz y lo coloca sobre la mesa de la oblación; luego, retorna hacia el Altar. Mientras, el diácono sale por la Puerta Norte, y se para ante las Puertas santas para decir la Letanía:

Oración de Acción de Gracias

Diácono: ¡Levantémonos! Habiendo participado de los divinos, santos, inmaculados, inmortales, celestiales, vivificadores y temibles Misterios de Cristo, demos dignas gracias al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Ampáranos, sálvanos, ten misericordia y protégenos, oh Dios, por tu Gracia.

Pueblo: Señor, ten piedad.

Diácono: Habiendo pedido que todo el día sea perfecto, santo, pacífico y sin pecado, encomendémonos a nosotros mismos, los unos a los otros y nuestra vida entera, a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: A Ti, Señor.

El diácono entra al Santuario por la Puerta Sur.

Mientras, el sacerdote dobla el Antimensio; luego dice la siguiente oración:

Sacerdote: Te damos gracias, oh Dios Salvador de todos, por todos los bienes que nos has concedido y por la comunión del santo Cuerpo y Sangre de tu Cristo. Y te rogamos, oh Soberano amante de la humanidad, nos guardes bajo el abrigo de tus alas. Y concédenos hasta nuestro último suspiro participar dignamente de tus santos Misterios para la iluminación del

alma y del cuerpo y para herencia del Reino de los cielos...

Mientras el sacerdote está diciendo la exclamación, toma el santo Evangelio, lo levanta y con él hace la señal de la cruz sobre el Antimensio; luego lo besa y lo coloca en su lugar.

(Exclamación): ...Porque Tú eres nuestra santificación, y a Ti rendimos gloria: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

El sacerdote se dirige hacia el pueblo diciendo:

Sacerdote: Salgamos en paz.

Pueblo: En el nombre del Señor.

Diácono: Roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

El sacerdote sale por las Puertas Santas, y se para ante el icono del Señor; y dice la siguiente oración:

Oración del Ambón

Sacerdote: Señor Todopoderoso, que hiciste la creación entera y por tu inefable Providencia y gran bondad nos has traído a

estos reverenciados días, para la purificación de las almas y los cuerpos, para dominio de las pasiones y para esperanza de la Resurrección; Quien durante los cuarenta días entregaste en las manos de tu siervo Moisés las tablas de la Ley con caracteres divinamente grabados por Ti: permítenos, oh Bondadoso, luchar la buena batalla, completar el curso del ayuno, conservar íntegra la fe, pisotear las cabezas de las serpientes invisibles, aparecer victoriosos sobre el pecado; y, sin condenación, alcanzar la adoración a tu santa Resurrección, porque bendito y glorificado es tu honorabilísimo y magnífico Nombre: oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Bendito sea el Nombre del Señor desde ahora y para siempre *(3 veces)*.

Entre tanto, el sacerdote se dirige a la mesa de la oblación y dice la siguiente oración:

Sacerdote: Oh Señor Dios nuestro, que nos has traído a estos reverenciados días y nos has

hecho partícipes de tus temibles misterios: únenos a tu rebaño racional, y haznos herederos de tu Reino, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Diácono: Roguemos al Señor.

Pueblo: Señor, ten piedad.

El sacerdote, desde las Puertas Santas, bendice al pueblo diciendo:

Sacerdote: La bendición del Señor y su misericordia descendan sobre vosotros, por su divina Gracia y su amor a la humanidad perpetuamente: ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Pueblo: Amén.

Oración de la conclusión

Sacerdote: Cristo nuestro verdadero Dios, por la intercesión de su purísima e inmaculada Madre; por el poder de la preciosa y vivificadora Cruz; la protección de las celestiales potestades incorpóreas; las súplicas del venerable y glorioso profeta y Precursor Juan el Bautista; de los santos

gloriosos y alabadísimos apóstoles; de los gloriosos y victoriosos Mártires; de nuestros justos y teóforos Padres; de nuestro padre entre los santos Gregorio, Papa de Roma, cuya Liturgia hemos celebrado; de los santos y justos Abuelos del Señor, Joaquín y Ana; de san (.....), titular de este santo templo; de san (.....) cuya memoria celebramos hoy; y de todos los santos: tenga misericordia de nosotros y nos salve, pues Él es Dios bondadoso y amante de la humanidad.

Y concluye con la siguiente exclamación:⁶

Sacerdote: Por las oraciones de nuestros santos padres, oh Señor Jesucristo, Dios nuestro, ten piedad de nosotros y sálvanos.

Pueblo: Amén.

El diácono se dirige hacia la mesa de la oblación y consume lo que sobró en el Cáliz; luego, se quita el ornamento.

El sacerdote distribuye el pan bendito (reservado desde el domingo anterior) a los fieles desde las Puertas Santas,

⁶ Cuando la oración de la Acción de gracias es leída, entonces la exclamación «Por las oraciones» es dejada hasta el final.

diciendo a cada uno: «La bendición del Señor y su misericordia desciendan sobre ti.» Durante la distribución del pan, se leen los salmos 33 y 144 y la oración de dar Gracias.

Al terminar, todos damos gracias a Dios, y salimos alabando su Nombre.